



CAPÍTULO V

LOS REYES FELIPE III Y DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA EN SALAMANCA.



Como dijimos, llegaron los reyes á Salamanca el Domingo 25 de Junio, se hospedaron en el monasterio de San Gerónimo, y el Lunes 26 hicieron su entrada pública y solemnemente por la puerta de Zamora, bajo arcos triunfales y entre aclamaciones. Dos relaciones tenemos de aquel tiempo referentes la una á la visita de bienvenida que les hizo el cabildo, y su recepcion en la catedral; y la otra á la descripcion de las fiestas con que el honrado gremio de roperos celebró el feliz suceso.

Llegado que hubieron los reyes al monasterio donde se hospedaron el primer dia, envió el cabildo á un dignidad y á un canónigo á besar las manos al duque de Lerma, pidiéndole hora para cumplimentar á sus majestades; dióseles la de las nueve de la mañana del dia siguiente, en que el cabildo fué en esta forma: abrian la marcha

diez y seis capellanes vestidos de lanilla, con manteos y sombreros, seguian el pertiguero, en un caballo á la gínetá, con la pértiga al hombro, ricamente aderezado, cadena de oro, gorra con plumas y piezas de oro, despues de dos en dos los prebendados con bonetes y vestidos de sedas de buratillos de Flandes, telas de Nápoles y capricholas y lobs enteras, y, en lugar de manteos, llevaban becas de tafetan negro. Iba en medio de los dos prebendados mas antiguos, el obispo, que entonces lo era don Pedro Junco y Posada. Desde que la comitiva se puso en marcha, hasta que volvió, no dejaron de tocar las campanas de la catedral. El primero que entró en el régio salon, fué el prelado; dió la bienvenida á sus majestades, manifestándoles que los prebendados como sus capellanes que eran, les venian á dar obediencia y significar su mucho contento por su venida, y despues de situarse al lado del rey, fueron entrando uno á uno, segun su antigüedad, quedando con el obispo dos dignidades; al entrar hacian una reverencia en mitad de la sala, y otra cerca de los reyes, y otra en la tarima donde estaban estos sentados, y se inclinaban á besar la mano primero al rey y luego á la reina, que por mayor reverencia no se la dieron á ninguno; hacíanse las humillaciones hasta el suelo; y, segun iban pasando, el obispo decia á los reyes los nombres y los cargos que tenian.

Al hacer los reyes su solemne entrada el Lunes por la tarde, se apearon al llegar á la catedral. A la puerta se hallaba colocado un sitial con un paño de brocado y y almohadas de lo mismo. Salió el señor obispo vestido de pontifical, con una cruz rica en la mano, acompañado de un diácono y subdiácono, con dalmáticas de brocado blanco. Delante de estos iban cuatro dignidades capellos, con sus cetros, y delante todos los prebendados con capas de brocado. Tras el obispo seguia el sacristan vestido de subdiácono con hisopo y caldero de plata para el agua bendita, que dió el obispo á los reyes; recibíendola y adorando y besando la cruz, arrodillados. Llegaron al régio sitial cuatro mozos de coro, de los más antiguos y

mayores, cada uno con su tafetan carmesí al hombro y una fuente de plata en la mano, y quitaron al rey las espuelas; su majestad mandó que se las rescatasen. Sonaron órganos y chirimias y se entonó un solemne *Te Deum*.

En otro sitio de brocado, con almohadas de la misma tela, se arrodillaron los reyes á hacer oracion, y mientras tanto, les cantaron un villancico; y, acabado, el obispo dijo una oracion, dió la bendicion á los reyes y con todo el cabildo los despidió fuera del átrio. El día de San Pedro volvieron los monarcas á la catedral para oír misa.

Entre los grandes festejos con que los agasajaron los salmantinos, un escritor contemporáneo nos dá noticia en los términos siguientes, del preparado por el gremio de roperos: «Salieron en orden de zoiza, tres por hilera. Los de las dos hileras de los lados iban muy bien puestos, en traje de soldados galanes, con sus arcabuces al hombro, con que hacian grande armonía de tiros y estruendo por las calles. Pero los de la hilera del medio iban con disfraces de diversas figuras, con sus letras conformes á la figura de cada uno, y en todas ellas blasonando la persona del rey.

Primeramente iban las cuatro partes del mundo, conviene á saber: Europa, Africa, Asia y América. Y es de notar, que la poca barba y el mucho atavio que llevaban los muchachos que representaban estas figuras, hacian pensar á la gente que eran verdaderas mujeres. Europa salió en figura de mujer gallarda á lo español, muy enriquecida de joyas de oro y plata al cuello, y en un cofrecito que llevaba en las manos (que así suelen pintar esta figura), y en la mano izquierda abrazado un escudo, y en él, de muy clara y crecida letra, este motete:

De su iglesia la bandera
Quiso en mi ponella Dios,
Y por capitán á Vos.

Luego venia en segundo lugar la otra figura de Africa, vestida de mujer á lo tudesco, y en la una mano un manojo de espigas y en la otra este motete:

Paganos me tiranizan,
Mas espero desa diestra
Que algun dia he de ser vuestra.

La tercera figura era Asia, y salió vestida al uso griego y un traje desenvuelto, y en la una mano una cazoleta de perfumes y un arco con su aljaba, y en el escudo esta letra:

Solo un brazo vuestro tengo,
Y más estimo este solo
Que sus cabellos Apolo.

Seguíase luego la figura cuarta, que era América, vestida á lo índico y desnudo, y el tocado todo de plumas de papagayos, pavos y otras plumas vistosas, y por la cintura ceñida tambien de grandes y vistosos plumajes, y en el escudo esta letra:

El medio mundo me llaman,
Y serlo entero quisiera,
Porque el mundo vuestro fuera.

Luego entraban otras tres figuras, que son la Guerra, la Vitoria y la Paz. Salió la guerra como mujer briosa, con su peto y espaldar y morrion, una escopeta en el hombro, y en la mano un alfanje desnudo, tinto en sangre, y esta letra:

Mundo rebelde, á Filipino,
Ríndete á Filipino luego,
Só pena de sangre y fuego.

Iba luego la Vitoria, tambien con su peto y espaldar y morrion; en una mano una banderilla, y en la otra una palma, y esta letra:

Mueve rey el brazo fuerte;
Que, aunque sea contra Marte,
Seré siempre de tu parte.

Iba luego la Paz, de mujer, bien compuesta, con una rama de oliva en la una mano, y en la otra una espada mohosa, la punta al suelo, á manera de báculo, y en él este mote:

Buena es la Guerra, y mejor
La Vitoria, y que las dos
La Paz, que reina por vos.

Después de estas figuras salía otra de la Justicia, que iba de mujer, muy bien ataviada y hermosa, y en la una mano un peso y en la otra una espada desnuda, la punta al cielo y con este mote:

Rey, si quieres no se pierda
Tu gobierno y magestad,
No se pierda mi amistad.

Finalmente, venía por última figura el gran turco, vestido como tal, y en la mano un baston, y á los dos lados dos pajes turquillos, que le llevaban, el uno la lanza y el otro la adarga, y él llevaba en el escudo esta letra:

¡Santo Alá! ¿quién puede serme
Tercero para contigo,
Si el tercero es mi enemigo?

Remataba toda esta hilera y toda la invencion, un carro triunfal muy bien adornado, y en lo alto dél iba la ciudad de Salamanca, que era representada de una figura de mujer bien ataviada, en la mano izquierda un libro, señal de las letras y universidad, y en la derecha una espada, enseña de los caballeros de la ciudad, y con esta letra:

Letras y armas, rey, te ofrezco,
Pues gobiernan tus estados
Caballeros y letrados.

Llevaba finalmente este carro en las cuatro caras que hacía, hacía cuatro partes, otros cuatro motes de donaire, para que la fiesta llevase su granillo de sal.

En la cara del frontero pidieron los roperos que se pusiése una letra en que alabasen su oficio; y púsoles el poeta esta letra:

A nuestros desnudos padres
De ropa Dios proveyó;
Ved si el oficio es de pró.

En la cara trasera llevaba el carro esta letra:

¡Oh piadosa ropería,
Que vistes cuerpos desnudos,
Pero por finos escudos!

En la cara de la mano izquierda iba esta letra, que hablaba con el rey:

La voluntad los roperos
Te ofrecemos, gran señor;
Ropa nó, que hace calor.

Finalmente la cara derecha del carro llevaba esta letra, que también hablaba con el rey:

La fiesta, Rey, toda es nuestra,
Porque á faltar los roperos
La ciudad saliera en cueros.

Visitaron los reyes la universidad; y el poeta andaluz, tal vez entonces estudiante en ella, Francisco de Medrano, elegante, aunque pálido, imitador de Horacio, mas inspirado siempre en los sonetos; celebró en una oda la entrada de Felipe III en esta ciudad, y en un soneto *Al mismo, entrando en las Escuelas de Salamanca*:

Soberano Señor, cuyo semblante
Tal vez nos representa á Marte crudo,
Con el estoque vengador desnudo
Y la túnica estrecha de diamante.

Tal nos pone pacífico delante,
Preso el cabello con curioso ñudo
De lauro, y con un libro por escudo,
No menos sábio Apolo que elegante.

Honra ahora las letras, y con ellas,
Émulo de tú padre y de sus leyes,
Dá á la paz el dominio de tu tierra,

De tu abuelo despues sigue las huellas,
Pues igualmente es propio de los reyes
Amar la paz y ejercitar la guerra.

También dedicó otro soneto á la reina.

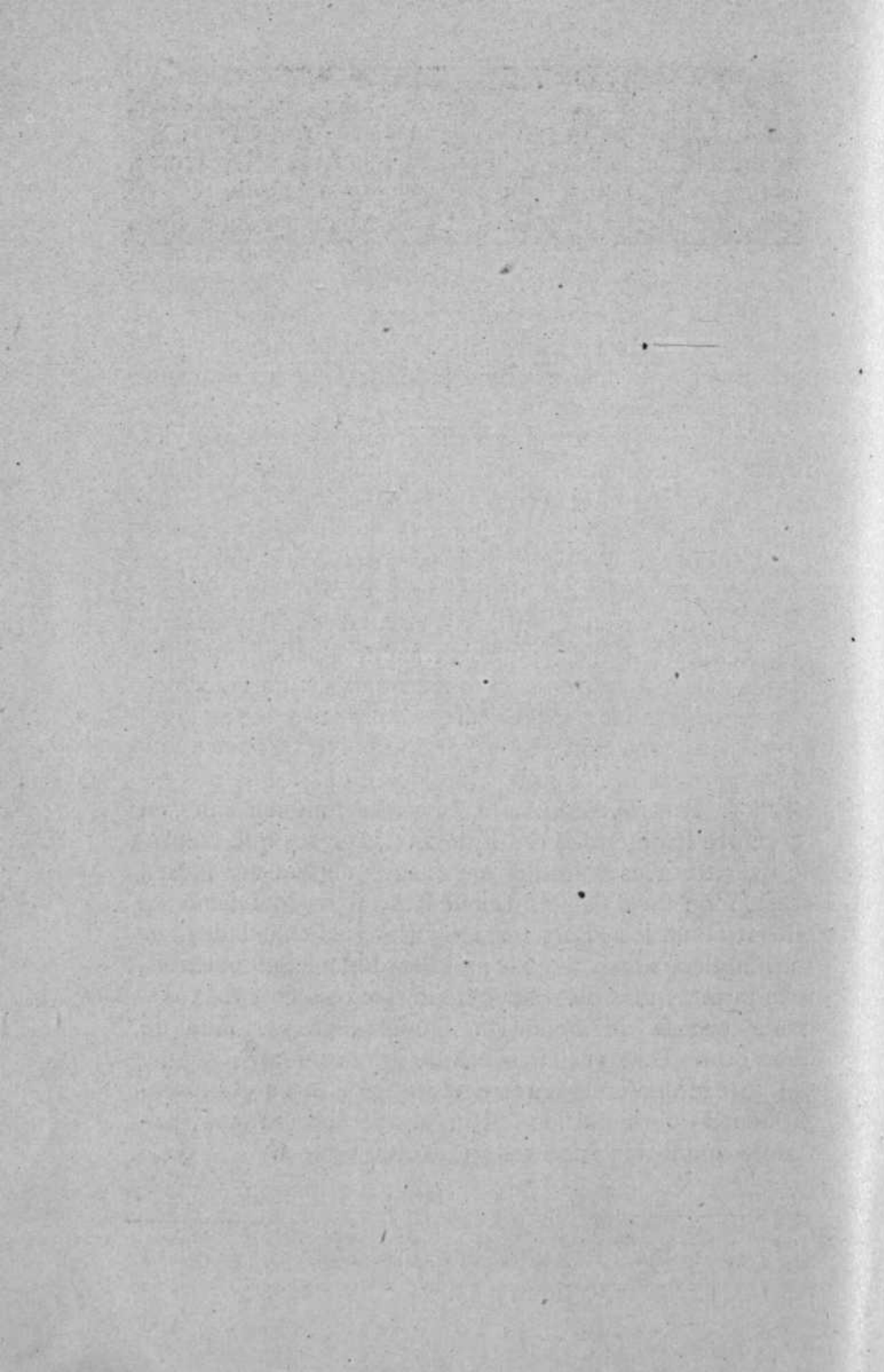
El anciano licenciado Juan García Zurita, que largos años fué notario de la audiencia escolástica, dice que por honrar la universidad entró el rey en sus escuelas mayores con los grandes titulados y señores que le acompañaban, y despues se halló presente con la reina y sus da-

mas á ver dar cuatro grados de maestros y doctores, recibiendo los monarcas propinas y guantes, y las damas y grandes lo mismo; habiendo gustado mucho de oír gallear á los maestros, y duró el acto hasta que su majestad gustó se acabara, y despues en diferentes dias fué á los cuatro colegios mayores, y los demás principales de la universidad, donde le dieron grandes colaciones, y habiéndose hallado en las fiestas de la plaza mayor y gustado mucho de una máscara picaresca que los estudiantes le hicieron una noche.»

Uno de los cuatro que recibieron el grado ante los reyes, fué el salmantino fray Pedro de Cornejo, carmelita calzado en el convento de San Andrés de esta ciudad, varon doctísimo, de quien más adelante hablaremos. Dice Zurita que los reyes habian gustado mucho de oír gallear á los maestros; llamábanse *gallos* á los que tomaban parte en unas burlescas controversias, y al acto mismo *actus gallicus* (1), acto francés, por haber traído origen tal costumbre de la universidad de París, y con ella regocijaban las graves tareas literarias y lucían ingeniosos y agudos chistes. Gaspar Lucas Hidalgo hace animada parodia de los gallos habidos el dia á que nos referimos. Tales vejámenes estuvieron tambien muy en uso entre los literatos del siglo XVII, con los que alegraban sus tertulias y academias, aunque alguna vez fuesen ocasion de ásperos desabrimientos, pues lo mismo en ellos, que en los *gallos* universitarios, las cualidades físicas, intelectuales y aun las morales de los contendientes, eran puestas más de relieve de lo que convenía á la discreta cortesía de inofensiva agudeza, ya por falta de delicado ingenio, ya por sobra de intencion dañada.

Parece que en esta régia visita fué cuando el monarca mandó cubrirse á los doctores, ante su persona, privilegio que desde entonces goza esta escuela.

(1) Así se llamaba el de los teólogos, y era celebrado en latin; pero el de los médicos y juristas se llamaba vejámen, y se celebraba en castellano.





CAPÍTULO VI

TRASLACION DE LOS RESTOS MORTALES DEL GRAN DUQUE DE ALBA, DESDE EL MONASTERIO DE SAN LEONARDO, DE LA VILLA DE AQUEL TÍTULO, AL CONVENTO DE SAN ESTEBAN DE SALAMANCA.

QU el gran duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo, tan ilustre en nuestra historia nacional, como uno de los generales mas célebres del emperador Carlos V y Felipe II, murió en Thomar de Portugal, donde el prior don Fernando, hijo natural suyo, le hizo embalsamar y rendir funerales exequias, en las que mil emblemas representaban las heroicas virtudes del finado; las exequias fueron tan magnificas como lúgubres, y, terminadas, trasladaron el cadáver con el debido acompañamiento al monasterio de San Leonardo de la villa de Alba de Tórmes. En una habitacion contigua (1), se encerró, hasta el fin de su vida, la

(1) Dice la relacion publicada por la Academia de la Historia, de donde tomamos estas noticias: «en un cuarto pegado al monasterio.»

duquesa viuda, doña María Enriquez; y para ver el sepulcro de su marido, hizo que le colocaran al lado de la epístola, por estar en frente la tribuna que tenia en la iglesia. Sobre el sepulcro y bajo un dosel de brocado, hizo poner un retrato del difunto (1), pintado por el inmortal Ticiano. Parece que el duque había dispuesto que le sepultasen en el convento de San Estéban de Salamanca, que como sabemos, reedificó su tío el cardenal don Juan Alvarez de Toledo, pero por respetos á la duquesa no se habia cumplido aquella disposicion, y muerta ella, por no estar completamente terminadas las obras del templo. Hízose al fin la traslacion con solemne pompa el 13 de Noviembre de 1619, por su nieto don Antonio Alvarez de Toledo y Beaumont, sucesor en sus títulos y estados, que juntamente con los restos de su abuelo, trasladó los de doña María, su abuela, los de su madre doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerin, y los de su mujer doña Mencia de Mendoza.

Hubo la singular circunstancia de que el catafalco que se alzó en San Esteban para el funeral, se dijo ser invencion de Felipe II, que le trazó para unas exequias reales, pero no pudo ser erigido por la reducida capacidad de los templos que existian entonces en Madrid; poseia los planos el ensamblador Antonio Gonzalez, vasallo del duque. Tardaron en levantar el catafalco, ocho dias, trabajando dia y noche, crecido número de operarios; á juzgar por el coste de los jornales, que ascendió á la crecidísima cantidad, para aquellos tiempos, de siete mil cuatrocientos reales y un luto. No descansaban en Alba para preparar los cuatro ricos ataúdes.

La duquesa doña María Enriquez, fué hija de don Diego de Guzman y de doña Leonor de Toledo, condes de Alba de Liste; estaba sepultada sobre las gradas del altar mayor, al lado de la epístola, bajo del dosel de la sepultura del duque; allí descubrieron los huesos; y la-

(1) Aún existe en poder de los sucesores del célebre duque.

brada una caja pequeña, vestida de carmesí, los cerraron en ella y la colocaron en otra mayor; igual á la de la duquesa doña Mencia, que era una caja forrada por el interior de tafetan doble carmesí y por afuera de terciopelo morado; cubriéndola de plomo, para lo cual labraron otra caja forrada de terciopelo morado con franjones de oro, tachuelas, aldabas y cerraduras plateadas; obra vistosa y lucida, con la junta de color morado y el matiz de oro y plata.

Quitaron el dosel que cubria la sepultura del duque; abrieron la caja, y ante aquellos gloriosos y amados restos se arrodilló, llorando el duque don Antonio. La composición del rostro, la gravedad y el respetuoso conjunto de su persona, aún se conservaban; era el rostro venerable y hermoso, la barba larga, la estatura grande, pero proporcionada. Estaba amortajado con ropa carmesí y forrada la caja por el interior con igual tela y por afuera con rico brocado y cruz bermeja.

Colocados los cuatro ataúdes en el centro de la capilla mayor de San Leonardo, sus monjes celebraron el incruento sacrificio de la misa. Aumentóse el coro con la venida de la religiosa y grave comunidad de los gerónimos de Salamanca, tanto la del convento, como la de su insigne colegio de Guadalupe, con sus prelados y maestros. «A la una de la tarde, dice la relacion que ahora copiamos literalmente, estaba la Vega cuajada de gente enlutada, de á pié y de á caballo. El duque don Antonio se adelantó á todos con su hijo, el conde de Ayala, don Antonio de Toledo, señor de la Horcajada (quedando enfermo en palacio, su hermano don Pedro de Toledo, embajador del serenísimo archiduque Alberto), don Juan de España, del hábito de Santiago (1) y el señor de las dos Manceras don Pedro de Toledo.

(1) No sabemos si este es el mismo don Juan de España á quien en un epigrama zahiere el conde de Villamediana, y alaba por su ingenio Cervantes, en su *Viaje al Parnaso*.

Dispúsose la jornada caminando de esta suerte: iba en primer lugar la casa del duque, los pajes en cuerpo, con sotanas largas de bayeta, colgaba de los hombros una chia y la cabeza cubierta con monteras de luto, con sus caidas; los criados de respeto, con loras, echada la chia sobre la cabeza. Sería el número de cien personas. Seguíanse los estados por su antigüedad; solo faltó el de Coria, por no haber llegado el aviso con tiempo necesario; representaban el estado los regidores y corregidor, con otros hidalgos y personas de honor. El luto era cumplido y grave. Llegarían á doscientos los vasallos. De San Esteban de Salamanca, de Santo Domingo de Piedrahita, de Santa Catalina de la Vera y de San Juan de Sahelices (1), conventos de la orden de predicadores, y patronazgos del duque, estuvieron presentes los priores y religiosos de cuenta, fueron en todo, setenta. De San Leonardo de Alba y de Nuestra Señora de la Victoria de Salamanca, colegio de Guadalupe, casas de la orden de San Gerónimo, se hallaron las venerandas canas y personas graves. De San Francisco de Alba, el guardian; de San Francisco de Salamanca, el padre fray Juan de Arauz, con que se cumplió el número de mas de ciento. Diéronles hachas encendidas; trocáronse, y fueron pareados los hábitos, cuya variedad aumentó el lucimiento. Iban las cajas sobre unas andas ó literas descubiertas, que llevaban acémilas encubiertas, con sus oficiales al pié y de luto. A las cuatro esquinas de las andas, cuatro hacheros con hachas encendidas. Los paños sobre las cajas eran, el campo, de tela de oro, rizo blanco y negro, de labores y follajes, obra costosísima y preciosa; venia el último el cuerpo del gran duque don Fernando, con las insignias de sus proezas; á los dos lados hacían estado dos caballeros de su casa, don Antonio de Toledo con el sacro estoque sobre el hombro derecho, y don Pedro de Toledo con el galero ó capello ducal en las manos, insignias majestuosas con que la

(1) Es San Felices de los Gallegos, villa de esta provincia.

iglesia católica le honró, cuando le escogió por su defensor y amparo..... Hizole merced el pontífice Pio V, año segundo de su pontificado, siendo el gran duque gobernador de Flandes. Seguía al cuerpo el guion de capitán general, que traía enarbolado el paje don Pedro de Torrelanca, al fuero de la milicia; armado de peto, espaldar, manoplas y celada; pendiente de los hombros un manto de luto; el último fué don Fernando, primogénito del duque. Comenzó á marchar la comitiva por la ribera del Tórmes, y, sin entrar en la villa, guiaron por la puente, camino de Salamanca; salieron los vecinos y moradores de Alba, que quedó despoblada; caminaron á buen paso, y, ya á la vista de Salamanca, volvieron á ordenarse; subieron á caballo algunos caballeros que habian salido á recibir al duque, el cual iba en brioso y castizo caballo de color blanco y nombre Pié de Plata; el señor don Fernando (su hijo) en otro andaluz del mismo color, con gualdrapas de paño negro. Apenas acababan de ordenarse, cuando se presentó, á las riberas del río, la florida juventud de la universidad y flor de Europa, en tropas de veinte y treinta, que siguió lo restante del viaje á los lados de los cuerpos, que ya á las cinco y media de la tarde estaban á la puerta del Río, en cuyo sitio aguardaba el concejo, con la majestad que suele; los porteros con ropas de terciopelo, escudos grandes de plata y mázas del mismo metal, oficiales del consistorio, escribanos, regidores y los demás caballeros salmantinos, en número grande y mayor calidad. El señor don Diego Pareja, corregidor cerraba este cuerpo, compuesto de esclarecidos linajes. Los mas de ellos vestian lobs de bayeta, á título de parientes; esperábanle en ala detrás del ayuntamiento, los comisarios de este; ordenaron los puestos y mandaron que fuese la entrada por la puerta de Zamora, y así fué menester rodear los muros, dejando en el camino la puerta de San Polo, puerta Nueva (1), de Santo Tomás, de

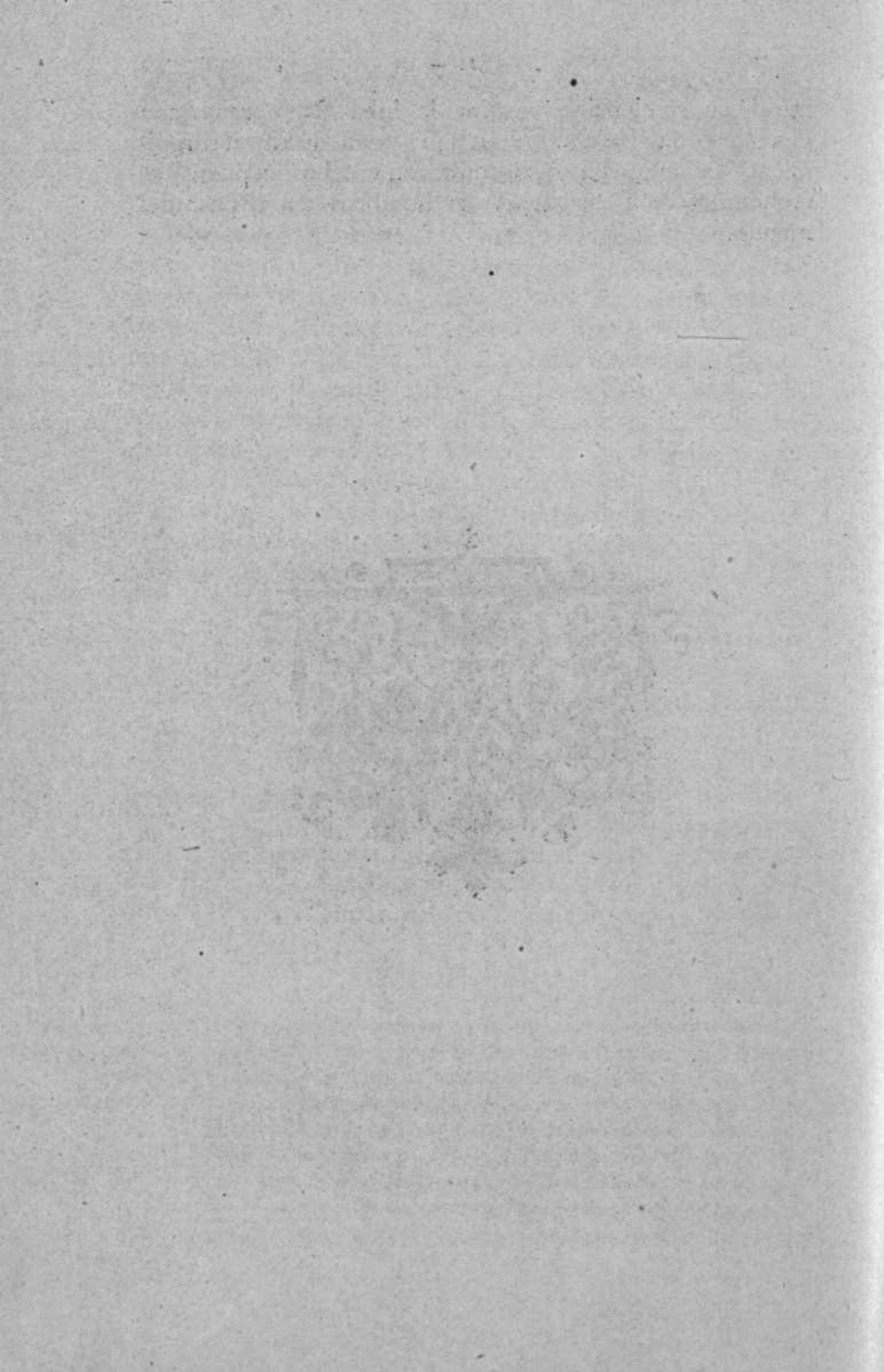
(1) Puerta Nueva del Sol.

Sancti-Spíritus y de Toro; trecho no pequeño. Caminaban en tan excesivo número de todo género de personas que no cabian en los campos y rondas de la ciudad. La puerta de Zamora es la principal de Salamanca, sirve de entrada triunfal para los reyes. En la plaza de la puerta de Zamora, pararon esperando nuevo orden, allí se encendieron setenta hachas más, repartidas entre criados y vasallos, con las cuales se juntaron poco mas de doscientas hachas. Las campanas de setenta ó mas iglesias se oian ahora con notable confusion. Atravesaron la plaza (la antigua mayor) pasaron la calle de Sordolodo (hoy de Melendez), revolvieron por la de la Rua, á la de Albardeiros (principio ahora de la de San Pablo) y á la parroquia de San Adrian (frente á la Trinidad), hicieron alto. En toda esta distancia, que sería un cuarto de legua, estaban las ventanas y balcones llenos de señores principales y mujeres de ciudadanos; las puertas y las calles con multitud de hombres apiñados, de suerte que era dificultoso romper, y bien se puede decir con verdad, que, sacados los enfermos, no quedarían veinte personas en sus casas. Casi no es creible el poco ruido de los estudiantes; ponderáronlo personas de continua y larga asistencia en la universidad. Junto á la puerta de San Adrian, bajaron los cuerpos de andas, para mudarlos á hombros de los caballeros y regidores; los religiosos y vasallos precedian á pié con las hachas encendidas. Los huesos del gran duque Fernando, estuvieron parados en el ínterin que el duque entró en la casa de don Fernando Anaya (1), pri-

(1) Es conocida con el nombre de Anaya, por haberla edificado el canónigo don Francisco Pereira y Anaya, señor de Herreros de Peñacabra, hijo y hermano respectivamente de los deanes de aquel apellido, de que hablamos en el libro anterior. Murió don Francisco el año de 1576, y en su testamento vinculó la casa, que pertenece ahora á su sucesor el marqués de la Conquista. El señor Quadado la describe en estos términos: «Ostenta los balcones decorados con frontispicios alternadamente curvos y triangulares y su galería superior sin arcos, abalaustrada, igual á la que corona su imponente torre, mostrando un estilo sério y elegante, que sin embargo no es de á quien se atribuye su traza.»

mo de su excelencia, á vestirse la loba. Salió presto con el señor don Fernando, su hijo, y en medio del regimiento (ayuntamiento), no tardaron mucho los presentes en honrarse con cargar en sus hombros con el peso del mundo. »







CAPÍTULO VII

TRASLACION DE LOS RESTOS MORTALES DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

CONCLUSION.

LA ciudad echó el resto, y la iglesia corrió parejas con ella. Había ya quien esperaba á la puerta de San Esteban. Extendíanse los religiosos del convento, con todas las demás religiones (delante cruz y acólitos), en el átrio, entre los conventos de Santa María (las Dueñas) y San Pedro de las Dueñas, calle de Albarderos, rematábase á la parroquia de San Adrian; juntáronse allí el brazo seglar y el eclesiástico. Guiaba la cruz, seguian los religiosos y seglares hermanados, entraron en la iglesia, y quedaron solos los capitulares y capellanes á recibir el cuerpo del duque don Fernando; eran muchos en número, son sesenta y cinco prebendados, diez dignidades, ventiseis canónigos, veintinueve racioneros, venticinco capellanes

y venticuatro mozos de coro. El obispo (1) con pluvial y mitra morada.

A las ocho y media de la noche entró en el templo la comitiva, que se deslumbró con el inmenso resplandor de luces del grandioso catafalco, en el centro de la capilla mayor, que tocaba con las bóvedas. Levantóse un tablamento de ocho piés de alto, de igual proporcion con las mesas del altar mayor, sustento de aquella máquina, corria la capilla el largo en setenta piés, dejando trece para la barbacana y sitio para los oficios divinos, el ancho de cuarenta piés, quedaron ocho á los lados, paso suficiente y congruente á los ministros y asientos que allí estuvieron. Sobre el tablado se armó el túmulo, de noventa piés en alto y treinta y seis en cuadro; fué de orden compuesto, y de cuatro fachadas, diferenciando el arte los altos; el primero guardaba con particularidad el órden dórico en pedestales, basas, sotabasas, chapiteles y arquitraves, frisos, cornisas y resaltos; formóse un cuadro de ocho columnas redondas estriadas, de veinticinco piés en alto y el goso lo que pide esta altura. En los pedestales lucian las armas de Toledo y Mendoza trocadas; el vacío que había entre columna y contracolumna, vestía canteoría dibujada en lienzo, á la vista verdadera. A las columnas se arrimaban unas jambas, sobre que afirmaban cuatro arcos de medio punto; en los lunetos, esqueletos pintados de cuerpo entero, con divisas de la muerte, en las manos reloj y guadaña, y en los medios de los arcos cartelas; sobre los capiteles corria arquitrave, friso y cornisa de labor conveniente; el color blanco y negro, el campo oscuro de luto, en el medio del friso estaba asentado un escudo de las armas de Toledos y Beaumont; acompañábanle dos de las armas de los Mendozas y á las esquinas otros dos de Toledo, pintados al óleo por hábiles artífices. La cubierta ó techumbre consistia en un lienzo de treinta y seis piés en cuadro, extendíase por él un escudo,

(1) Don Francisco de Mendoza y Guzman.

que con los escaques azules, tarjeta, orla de banderas, toison, timbre, coronel y el remate del ángel, llenaba el espacio, ocupando sus vacíos. Sobre este alto, que subía treinta y cuatro pies, andaba en torno un corredor de balaustres torneados, en lugar de globos y pirámides, candeleros y hacheros, en cuantioso número, para velas y hachas. Descubríase á la vista la planta del segundo alto, una suela donde se fundaba un seisavo de columnas cuadradas, de orden jónico, labradas de floroncillos y brutescos, los arcos también de medio punto estribando en jambas. Debajo de los arcos ostentaban las divisas bélicas (no pintadas, sino verdaderas), figuras humanas con capuces de bayetas y monteras de luto; en la una mano un escudo de armas, y en la otra una banderola de las que acostumbraban á traer los duques de Alba en las batallas, especialmente el gran duque don Fernando; lo mismo se veía en los resaltos y ángulos; corría el arquitrave, friso y cornisa de orden jónico. Era la altura de este cuerpo y figura seisavada, ventiseis pies; cubríase de negro; y el adorno del toldo fueron cinco escudos, cuatro en los ángulos y en medio uno; sobre el cornisamento daba vuelta un andén de medida y arte, los balaustres cuadrangulares, encajes vistosos y de talla curiosa para luces. Aquí tenía principio el último alto ochavado, columnas, pedestales, pilastras, arquitraves, frisos, cornisas y resaltos de orden corintio, hermosamente entallados; levántase diez y ocho pies; los arcos no mudaron forma; abrazaban cada dos columnas imágenes tristes, de estatura proporcionada al puesto y altura, enlutadas, mostrando trofeos y glorias pasadas de los difuntos. La cornisa sustentaba el último corredor, hermosado de faroles, y á la par subía el pedestal en que cargaba la cúpula, última pieza del edificio, obra que pedía largos años para gozarse, y portentosa para solo un día. La medida del pedestal y cúpula serían diez pies largos, no se remató con linternas, sino en su lugar servía de remate un esqueleto con cuatro pies de alto. La cabeza tocaba casi á la bóveda de la capilla, la cual escondió sus vidrieras, archi-

traves y galas con paños negros y tocas largas, demostracion triste en el entierro de sus patronos; como tambien el crucero y cimborrio encubrian sus cristales. Se emplearon para vestir la capilla, columnas primeras y para quitar la luz del crucero y cimborrio diez mil varas de luto, lo demás se dejó en blanco, faltando paño á un cuerpo tan grande. Pintáronse ciento veinte escudos, parte de las armas de Toledo, Beaumont, y parte de los Mendozas, con ellos esmaltaban las telas negras. Dividia el túmulo del cuerpo de la iglesia y crucero, una barbacana de balaustres torneados de cinco piés en alto, con su puerta y entrada; estaban á los lados dos efigies de dos varas y media cada una, con capuces de falda cumplida y monteras de luto, ostentaban los blasones de los Toledo Albanos, teniendo un escudo en la una mano y en la otra una bandera de raso blanco de vara y media en cuadro, bordada en medio con una cruz negra y por orla estas palabras: *Per signum crucis de inimicis nostris libera nos Deus noster*: insignias que hallaron con los famosos caudillos de la fé católica, los duques de Alba en sus celebradas victorias. Desde la entrada ó puerta de la barbacana tomaban principio ocho gradas anchurosas y grandes encubiertas de bayeta, alfombras en esta ocasion mejores que las moriscas de Africa; por ellas se subia al primer suelo. Entré las primeras columnas de la fachada principal, asistian dos llorosas imágenes, descubierta sólo el rostro del hábito funesto, cuyos brazos derechos sustentaban dos escudos de las armas de los Mendozas, y allí junto unos hacheros blancos, descollados pedestales, cuerpo y arandela de extraordinaria escultura, grabados en ellos los escudos azules á cuatro haces.

En medio de este alto, lugar preparado para la nobleza, se puso una mesa capaz de recibir cuatro cajas. Extendieron sobre ella una pieza entera de brocado. Delante había cuatro blandones de plata de mucho peso y obra; proseguian doce hacheros dorados; quedaba entre ellos y el altar mayor una espaciosa estancia, que causaba mayor majestad en todo. Al fin se formaron otras cinco gra-

das y sobre ellas plaza suficiente para creencia y aparadores, y asientos necesarios en misa pontifical. El retablo se cubrió de brocado y terciopelo negro, dejando una imagen de nuestro padre Santo Domingo, el mundo debajo de los piés y abrazado á una cruz con la letra antigua: *Mundum calcans sub pedibus manum misit ad fortia*. En el frontal de terciopelo negro bordado de oro y seda encarnada, y á trechos de pajiza, con labores galantes y vistosas; fuera de estas sedas, en lo demás, no se divisaba parte por mínima no enlutada, correspondiendo el suelo con las paredes. Perfecto el túmulo con esta composición y órden de arquitectura; adornado de cuanto le podia engrandecer, le dió la última mano la luz repartida en cuarteles con suma proporción. Labráronse para aquella noche y dia siguiente dos mil y seiscientas y veinte y cinco libras de cera, que hacen ciento cinco arrobas, hachas de cuatro pábilos, velas de á libra y de otros pesos menores, de color amarillo, conformándose con el uso establecido en las exequias. Acomodáronse en los corredores de los tres altos y en la barbacana baja las velas entre las hachas, cuya desigualdad deleitaba la vista. Perfeccionóse de todo punto este soberbio monumento, recibiendo los cuerpos en su regazo, y cobró nuevo esplendor, con las cenizas conservadas, de su fuego resplandeciente. Debajo de los primeros arcos, hallaron el asiento con aspecto de pompa real. Cercaron los nobles huesos las ilustres insignias, y las comunidades gravísimas de iglesia y consistorio y tomaron el lugar señalado. Sobrevino á este tiempo dificultad no pensada, porque la gente que apenas cabia en las calles, quiso caber en la iglesia (aunque capaz no la pudo admitir); reforzóse el tropel de suerte, que el señor don Diego Pareja, corregidor de la ciudad, se opuso, y la reverencia debida á su persona y oficio c'etuvo y enfrenó la furia popular. Cerráronse á la capilla mayor las puertas de la reja, la cual si fuerte, bamboleó y se estremeció algun tanto, impeliéndola adelante la pesadumbre y carga de la gente. De coro para los prebendados, sirvió parte del crucero murado y cercado;

á sus espaldas la ciudad, cual es razon las haga el brazo seglar al eclesiástico. Sentáronse por su órden; el duque asistió en el suyo poco tiempo; acompañado, subió al balcon ó tribuna á la mano izquierda del altar mayor, y detrás de celosías y cortinas negras, decentes á la viudez, en silla de terciopelo; mostró cubierto no tener enjutos los ojos de lágrimas y llanto. Allí estuvo atento oyendo la música de difuntos. Comenzaron los cantores la vigilia, entonaron con melodía el invitatorio, y el lleno de la capilla resonó dulcemente en los aires; sosegó su dulzura al auditorio, hasta entonces inquieto. Nunca se dudó, y hoy menos, que la santa iglesia de Salamanca goza siempre de las mejores voces y eminentes maestros en su capilla, y como á tales se prestó grato el oído, conciliandoy captando la benevolencia, la música, contenta de haber alcanzado discípulos tan diestros y voces tan suaves. Acabada la vigilia, el ilustrísimo señor don Francisco de Mendoza, obispo de esta ciudad, representando la autoridad episcopal, con asistencia de las dignidades de su iglesia, se acercó á las cajas, las cuales condujeron otra vez en hombros los caballeros al enterramiento, cuya puerta está al lado del Evangelio y mano derecha del altar mayor. Bájase á una estancia, ahora imperfecta y trazada cumplidamente, cual piden los difuntos y al edificio conviene. Tiene de largo cincuenta y seis piés, de ancho ventidos correspondiente al medio un oratorio cuadrado, vestido de labores, en que se celebran continuos sacrificios en favor de las almas de los señores de esta casa augusta (1). A los que ahora venian, recibieron el prior, en nombre del convento, y luego bajaron al sepulcro á los excelentísimos señores don Fernando Alvarez de Toledo, doña María Enriquez, abuelos del duque, á doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerin, su madre, á doña Mencia de Mendoza, su mujer, y al cardenal don

(1) Esta cripta ya no existe, pues la actual se hizo cuando el retablo del altar mayor.

fray Juan de Toledo, hermano del bisabuelo del duque. Solemnizó el señor obispo el entierro cantando las oraciones acostumbradas, y al eco del último amén, cerraron la puerta con una piedra pesada, para seguridad. Allí descansan cumpliendo el deseo del gran duque don Fernando.

Apenas rayaba el sol, Jueves 14 de Noviembre, cuando los conventos y colegios de religiosos ocuparon los altares de San Esteban; son en número ventiocho; algunos obedientes á sus constituciones se excusaron contra su voluntad, los restantes acudieron puntualmente. Vinieron las comunidades enteras sin excusa, ni tardanza; dividieronse en las capillas; y al mismo tiempo cantaban las vigili-
as y despues las misas de requiem solemnemente; decian el responso sobre las gradas del túmulo, incensando la tumba. Duró esta correspondencia en los altares de la iglesia tres horas; servíanse de ternos riquísimos del convento de San Esteban, brocados morados, terciopelos bordados, rasos cuajados de escarchada plata y otras telas de precio y valor. Los candeleros de altar y acólitos eran de plata, los roquetes de holanda, fajas de seda y faldones bordados; no causaba disturbio ni confusion tanto número de coros y misas. El religiosísimo convento de San Francisco, celebró oficio á canto de órgano, tal que podía sufrir la falta de la capilla de la santa iglesia de Salamanca ó real; el de San Esteban, casi á las nueve de la mañana, en el altar mayor, como en casa propia, pudo dar principio á la vigilia y misa; prosiguió despacio, acabó á la hora que el cabildo eclesiástico entró por las puertas del templo; salió el convento al recibimiento, y, dejándole en su lugar, se retiró á cumplir con otras obligaciones. Llegó la ciudad, autorizada de caballeros y regidores; subieron al aposento del duque, que esperaba visita tan honorífica; era el aposento una celda de suficientes cuadras (salas) no grandes, escogióla el duque por estar mas cerca de la iglesia. Allí se concertó otro no menos lucido acompañamiento; iba la casa del duque delante, tras ella los estados, seguía la nobleza de Salamanca, el

señor don Fernando, primogénito del duque, y, en medio del corregidor y regidor más antiguo, su excelencia, que llevaba los ojos de todos. Campeaba el toison sobre la loba negra, acrecentaba el lucimiento la oscuridad del ropaje y recibía lustre en grado superior. Guiaron los primeros por una puerta del ángulo meridional y oriental del sobre claustro principal, atravesaron los paños oriental, septentrional y occidental y descendieron á la capilla mayor por la famosa escalera de Soto. Los estados rodearon el túmulo, como fieles guardas de sus dueños, en asientos rasos; la ciudad y con ella el duque, se sentaron en bancos de respaldo; las señoras de Salamanca pusieron estrado; vinieron cargadas de lutos y tocas; á los convidados de respeto se guardó lugar, y se acomodaron muy á su gusto; de ellos fueron los doctores, maestros y catedráticos de la universidad, los cuatro colegios mayores, diez y seis menores, la multitud de religiosos y los caballeros estudiantes; no faltaron bancos á la juventud escolástica, ni á los hidalgos ciudadanos; el pueblo, en pié, hizo estado. Maravilla fué increíble mirar una junta ilustre de cuatro mil personas, sin contiendas, ni puntos, asistiendo á las honras de oficios divinos. El duque dejó al señor don Fernando su hijo, y se volvió á la tribuna; con su beneplácito el obispo y sus ministros se revistieron, el diácono fué don Gerónimo Manrique, canónigo de la santa iglesia, sobrino de don Gerónimo Manrique, obispo (que fué) de Salamanca y electo de Córdoba, subdiácono el doctor don Eugenio de Chiriboya, ministro de la mitra, con pluvial y palio de tafetan negro en los hombros, el doctor don Alonso de Polanco, chantre y canónigo; asistentes dean y arcediano de Salamanca; caperos, doctor don Pedro Martinez, tesorero y canónigo; arcediano de Medina; don Francisco Arias Maldonado, maestrescuela y canónigo cancelario y juez conservador de la universidad y del consejo real de Indias, el cuarto fué el arcediano de Alba. Sobrepusieron esta mañana una tumba, paño de tela de oro, rizo negro y blanco, en cuyo frente se veían las armas de los Toledos y Beaumont, encima la rosa y el sa-

cro estoque desenvainado, delante el guion de capitán general; correspondientes á ambas partes se fijaron poesías en tarjetas de pincel, la letra bien sacada, grande y legible, entreverados geroglíficos y empresas ingeniosas á propósito. La capilla cantó el requiem æternam; concluyóse la misa, calló la música, y despues de recibir la bendicion episcopal, acompañado de pertiguero y capellanes con capa de coro, subió el predicador al púlpito, colocado al lado del Evangelio, arrimado á la columna derecha mas cercana á la capilla mayor, dispuso en el puesto congruente, porque el duque oyese, y el auditorio percibiese comodamente; concluido que hubo su oracion fúnebre el doctor Guzman, magistral de esta santa iglesia, sonó de nuevo la música con los responsos; cantó la oracion el señor obispo, incensando la tumba y echando agua bendita; despues el dean, el arcediano de Salamanca, el tesorero, arcediano de Medina, continuando los mismos ritos, y á cada uno se mudaba la composicion de la música, y de todos era admirable; trabajos propios del consumado estudio del maestro Vivanco, catedrático de música de la universidad y maestro de capilla de la santa iglesia. Lucian entonces diversas hileras de velas en las manos de los religiosos, prebendados y capellanes, cuyo número sería de quinientas personas, antes más que menos, el peso de las velas no era ordinario; las del cabildo pesaban á libra y algo menos las de San Esteban, de conventuales y huéspedes doscientas cincuenta. Cumplióse liberalísimamente en la distribucion de la cera, fuera de esto dió el duque la limosna de la misa á los monasterios que la quisieron recibir, fué como de su mano. Al maestro del túmulo se le añadieron doscientos ducados sobre el concierto, de manera que llegó á novecientos ducados. Acabados los oficios á la una de la tarde (empezaron á las diez de la mañana) jueves 14 de Noviembre, se estendió en la despedida especialmente de la ciudad é iglesia. Salió el convento al patio, rindió las gracias con sumision y reverencia. El duque se recogió á su cuarto; no admitió aquel dia á los caballeros á su mesa; llamó al

padre Prior y padres maestros. El señor don Fernando convidó á la suya las personas principales, regaló tambien el duque al convento. El gasto de los estados costeó el duque tres días, y aquel espléndidamente.»

Los sepulcros proyectados para enterramiento de los duques, no llegaron á ejecutarse, por lo cual no publicamos los convenios que acerca de estos enterramiento, celebraron, en 1598, el marqués de la Velada y el prior de San Esteban fray Rafael de la Torre, y con el mismo marqués, el prior fray Antonio de Sotomayor, en 1609.

Desde 1845 yacen los restos del duque en el relicario en una pequeña urna, por disposicion del décimoquinto duque de Alba don Jacobo Stuart, cuando aquel año visitó á Salamanca.





CAPITULO VIII

EEXEQUIAS POR FELIPE IV.

GL sábado 19 de Setiembre de 1665, se tuvo en Salamanca vaga noticia del fallecimiento del rey don Felipe IV; se suspendió el hacer las rogativas acordadas por su salud, y el 21 se cerró el teatro, pues como tiempo de vacaciones habia comedias; al dia siguiente trajo el correo la infausta nueva, pero el ayuntamiento no acordó celebrar exequias hasta recibir carta de la reina, segun era costumbre; sin embargo, los caballeros regidores hicieron enlutar las casas consistoriales, siendo comisarios nombrados al efecto, don Juan de Soria y don Francisco Mógica. Enlutóse el salon principal, y en lugar del dosél carmesí, se puso uno muy rico de raso morado, que se estrenó en las exequias de Felipe II. A ejemplo del corregidor don Juan Tello Avila y Guzman, vistiéronse de luto los regidores, ministros de justicia y muchos caballeros y ciudadanos. El Sábado 3 de Octubre, se recibió la carta fechada á 26 de Setiembre, comunicando la reina

la muerte del monarca al ayuntamiento; nombró este comisarios á los regidores don José Nuñez de Zamora, decano de leyes y catedrático de prima y á don Juan del Aguila para participar la noticia oficialmente al obispo, que lo era el antiguo colegial de San Bartolomé, don Gabriel Esparza; encargando, asimismo, el municipio á estos comisarios la distribucion de la limosna de cuatro mil reales, para dos mil misas, á religiosos y sacerdotes pobres. En el mismo consistorio se nombraron, por votos secretos, comisarios para que dispusiesen las exequias, que no desmereciesen del nombre de la ciudad, á lo que servia de embarazo lo exhausto de los fondos de propios por los crecidos gastos que ocasionaba la guerra de Portugal; fueron, pues, nombrados para la eleccion del túmulo los regidores don Antonio Ruiz Barrio y el doctor don José Nuñez de Zamora; para preparar y distribuir los lutos don Antonio Rascon Cornejo, caballero del hábito de Santiago y don Francisco de Andraca; para el arreglo de procesion y honras don Francisco Barrientos, don Antonio Tamayo, don Antonio Crespo Villazan y don Juan del Aguila.

El mismo Sábado 3 de Octubre, entre cuatro y cinco de la tarde, se hizo saber por públicos pregones la muerte del rey, obligando á toda clase de personas de toda suerte y calidad á vestir lutos, bajo pena de multa; para la publicacion del pregon salió el secretario mas antiguo del ayuntamiento, Pedro Gonzalez Breton, familiar del santo oficio y venticuatro de la cárcel; llevaba la cabeza cubierta con bonete y chia y arrastrando muy larga falda, iba delante de él un tambor con capuz largo, en la cabeza, que bajaba por la espalda, y la caja aforrada de bayeta; dos trompetas vestidos de la misma manera, «con instrumentos rancos de tristes sonidos que correspondian á los de la destemplada caja y aumentaban el horror popular.»

El Domingo 4 de Octubre, los regidores Nuñez y del Aguila, salieron á cumplir su comision sin servirse de las carrozas, no solo por lo sereno del tiempo y lim-

pio de las calles, sino que fueron á pié en demostracion de dolor. Llevaban lobs de larga falda arrastrando, cubiertas las cabezas con bonete y chia; iban delante los porteros de la ciudad con talaes ropas de luto y gorras negras de la misma forma y labor que las ordinarias carmesíes, las mazas de plata al hombro, cubiertas de tafetan negro, y, delante de los porteros, cuatro alguaciles, con lobs de falda larga y bonete en la cabeza, sin chia. Con este órden salieron del ayuntamiento por la plaza y panadería, subieron por la calle de los Pañeros á San Martín, llegaron á la Rúa mayor y por ella á San Isidro, pasaron junto á las gradas de la catedral y entraron en el palacio del señor obispo, que los recibió cediendo puerta y sillas. Expuesto su cometido, y solicitados sufragios y clamor de campanas, los acompañó el obispo hasta el primer descanso de la escalera. Acto continuo dieron la triste nueva al cabildo, hicieron igual solicitud y además pidieron la capilla de Santa Catalina, en el claustro de la catedral vieja, para construir el túmulo, y el espacio entre los dos coros para erigirle. A los superiores de los conventos se les hizo tambien la peticion del clamor de campanas, aunque ya desde el dia antes habia comenzado y siguió por espacio de nueve dias; «escuchábase casi á todas horas el confuso clamor de las campanas, y lo que más conmovía á sentimiento y dolor, era oirlas en lo más quieto y sordo de la noche romper su profundo silencio dando tristes quejas al aire.» El viernes 9 de Octubre, fueron los comisarios del cabildo al ayuntamiento á darle el pésame y reiterar los ofrecimientos hechos; salieron á acompañarlos hasta el primer descanso de la sala con el corregidor. Acordó el consistorio que fuesen las exequias el 3 de Diciembre, y aunque presentaron los arquitectos de la ciudad varios planos para el túmulo y se examinó la lámina del alzado en las exequias de Felipe III, fué preferido el trazado por el pintor y arquitecto Cristóbal de Honorato. Mas adelante haremos la descripción del túmulo.

Habiáse avisado á todas las comunidades para que á

las nueve de la mañana del día 3 de Diciembre, se reuniesen en el convento de San Francisco de Paula, de la sagrada religion de los Mínimos, situado fuera de la Puerta de Zamora. Desde las doce del día 2, comenzó el clamor general de las campanas, continuando todo el día siguiente, hasta concluir la solemnidad, que fué cuando el ayuntamiento regresó á su casa. Segun iban llegando las corporaciones, se recogian en las capillas, coro, sacristía y otros sitios convenientes. Los comisarios asistidos de alguaciles, porteros y otros ministros, estaban á unos veinte pasos fuera de la puerta de la iglesia, hasta que aquellas iban entrando. Hallóse presente con todos los ministros de su audiencia el señor don José Iníguez Abarca, provisor y vicario general, para resolver dificultades que ocasionasen las precedencias en el orden de los sitios que habian de ocupar, aunque no se suscitó ninguna.

Poco antes de las once rompió la marcha la comitiva; ayudaba mucho ser el día claro y sereno y estar las calles limpias y enjutas, á que en toda la procesion fuesen las hileras seguidas y bien ordenadas. Eran los primeros los niños de la doctrina, con su pendon y cantando letanías, seguía la cofradía de la Cruz, con su estandarte negro, iban cuarenta cofrades, precedidos de cuatro tambores con las cajas cubiertas de bayeta negra y muchos soldados arrastrando banderas, en que estaban pintados los reinos y provincias de la monarquía, llevaban sus insignias los mayordomos, y los demas hachas de cera encendidas; todos los oficiales vestian chia, y arrastraban falda larga, el resto llevaba sotana y capa de luto hasta el suelo, los soldados traian su luto á estilo de la milicia, ropilla y calzon de bayeta, banda negra, espada y daga. La segunda era la cofradía de la Santísima Trinidad, con copioso número de cofrades con hachas, los mayordomos y oficiales con chia y falda larga, los demás de luto ordinario. Para evitar prolijidad, diremos que las cofradías llevaban todas su estandarte y delante de él el muñidor con campanilla, los cofrades llevaban lutos, siguieron á estas dos las de las Animas de San Julian, San

Máteo, San Lorenzo, San Adrian, San Millan, Santa María de los Caballeros, San Boal, Santiago, San Benito, Real Capilla de San Marcos, Sancti-Spíritus, San Bartolomé, Santo Tomé, San Isidoro, San Blas, y reunidas las de San Roman y San Justo y Pastor, San Cristobal, San Juan de Barbalos, la Magdalena, Santo Tomás Cantuariense, Santa Eulalia, Hospital general, la cofradía del Angel de la Guarda, de los escribanos, que estaba en Sancti-Spíritus, la de San Anton, en San Benito, Nuestra Señora de Gracia, en San Boal, la del hospital y encomienda de San Antonio Abad, la de Nuestra Señora de la Guia, de los sastres; cofradía de los cerrajeros, la de las Animas de San Martin, la de la Misericordia; cofradía de los cordoneros, de San Isidoro; la de la Tercera orden de San Francisco, sin luto, por no consentir otro que su hábito pardo, la cofradía de los zapateros de los santos Martires, Crispin y Crispiniano, en el convento de la Trinidad, la cofradía de San José, de los carpinteros, en San Martin; cofradía de San Eloy, de los plateros, en San Isidoro, cofradía de los escuderos ó hidalgos, en Santo Tomás Apostol y la cofradía de las Animas de la catedral, del Santísimo Cristo de las batallas y Nuestra Señora de la Luz, que componian un total de treinta y nueve cofradías: seguian á estas las cruces de ventiseis parroquias, pues algunas como la Magdalena y Sancti-Spíritus, se escusaban por privilegio; tras ellas iban por este orden las siguientes comunidades, alguna de las cuales renunciaron igual privilegio, con motivo del triste suceso: Clérigos menores, Jesuitas, Carmelitas, Mercenarios descalzos, Trinitarios descalzos, Agustinos recoletos, Mínimos, Mercenarios calzados, Trinitarios calzados, Carmelitas calzados, Agustinos calzados, Calvaristas, Franciscos y Dominicos, componiendo un total de cerca de ochocientos religiosos; tras ellos iban los beneficiados capellanes reales y clerecia siendo unos y otros doscientos individuos, y cerraba la solemne comitiva el ayuntamiento, que mientras se reunian las corporaciones en el convento de los Mínimos, ocupó su aula general,

que estaba toda colgada de negro y con dosel morado. Precedían al municipio todos sus oficiales, dependientes y alguaciles ó ministros en dos hileras, y formando respectivamente en las dos, escribanos y procuradores, y al fin los mayordomos de ambos con banderas de tafetan al hombro y en ellas el escudo de las armas reales; cuatro reyes de armas con las reales y las de la ciudad, los maceros y porteros de esta, cubiertas las mazas con tafetanes negros, tras ellos los ministros más inmediatos al consistorio, que eran el procurador, agente solicitador, fiscal, alguacil mayor, los dos escribanos secretarios del concejo, mayordomo, contador, los dos sexmeros de la ciudad y los cuatro de la tierra y los regidores, según su antigüedad, presididos por el corregidor, todos arras-trando lutos; iban en lugar preferente el alferez con el pendon real y los regidores más antiguos llevaban en bandejas de plata el cetro cubierto con un velo negro, un globo azul con fajas de plata, también velado, la corona y el estoque reales. Para los gastos de estas exequias adelantó de su propia hacienda más de ocho mil ducados Martin de Oyagüe, alcalde de Hermandad y mayordomo del municipio.

En esta forma caminó el acompañamiento desde los Mínimos, por la puerta y calle de Zamora, Plaza, calle de los Mercaderes, Rua, plazuela de San Isidro, calle de Libreros, Nueva (ahora de Calderon), á la iglesia mayor á cuyo atrio salieron á recibirle acólitos y capellanes hasta las cadenas y el cabildo á las puertas del templo, dividido en dos coros. Las cofradías pasaron al claustro, y recogiendo las insignias se despidieron; las religiones entraron en las capillas que tenían señaladas á donde cantaron el oficio y misa de difuntos, y, según iban acabando, pasaban al túmulo á decir el responso y marchaban á sus conventos. Eran las dos de la tarde. Ocupó el ayuntamiento sus asientos en la capilla mayor; y colocaron en el féretro las insignias reales los regidores que las llevaban. Al tiempo que las últimas comunidades fueron entrando en la iglesia, comenzó el obispo á vestirse de

pontifical, para decir la misa; no tuvo dosel en este día, porque se representaba á su magestad en el túmulo. Ya digimos que el autor de éste fué Cristóbal Honorato, y á juzgar por la lámina que representa el monumento fúnebre en la *Parentacion real*, que escribió el padre Pedro de Quirós, era un catafalco de malísimo gusto.





CAPÍTULO IX

EXEQUIAS DE FELIPE IV.—CONCLUSION.

ALZÓSE el túmulo entre la capilla mayor y el coro, en un espacio de treinta piés en cuadro, teniendo setenta y cinco de elevacion desde el pavimento á la aguja en que terminaba. Serviale de base un zócalo de dos varas y media de alto; y en los lienzos que miraban al altar mayor y al coro fabricaron dos escaleras, cada una de diez piés de ancho, por donde se subia al plano en que se cantaron los responsos é hicieron las demás ceremonias fúnebres; á los lados de las escaleras y en los otros lienzos colaterales, estaban pintadas de estuco cuatro batallas campales que vencieron las armas de su magestad y otras cuatro navales en la misma forma, dos diversas en cada lienzo, alternando una de tierra con otra de mar y en cada una las inscripciones y los versos alusivos.

Se recordaba en unas y otros: el socorro de Fuenter-

rabía, en 1638, por el almirante de Castilla; la derrota de cuarenta navios holandeses en 1639, por don Antonio Oquendo; la entrada de don Juan de Austria en Barcelona, en 1652; el socorro de Palamós, en 1655, por el salmantino don Pedro de Zúñiga y de la Cueva, marqués de de Flores-Dávila; la derrota, por el marqués de Tenorio, de veinte mil moros, que, en 1655, iban contra Céuta; la victoria del marqués de Santa Cruz, en 1653, sobre la armada francesa, de la que apresó tres galeras, siete bergantines, quemó mas de treinta bajeles y entró á saco la villa de Mortaña, ascendiendo el daño de esta á mas de un millon de ducados; la conquista de Olivenza, en 1657; era Maese de campo general el salmantino don Rodrigo de Mógica; y la victoria de San Feliú en 1652.

Coronaba todo el zócalo una série de balaustres, y en sus macizos habia cañones para el primer orden de hachas.

Esta era la planta sobre que se formaba el primer cuerpo del túmulo; en sus ángulos se erigieron cuatro pedestales, de tal disposicion, que por la parte interior, mirando á su diagonal, salian á cada uno dos resaltos, que recibian las jambas de dos pilastras, y por la exterior otro resalto que recibia una columna. En cada pedestal estaban pintados dos geroglíficos y en la boquilla de la parte interior de los pedestales cuatro virtudes.

Sustentaban estas ocho pilastras, cuatro columnas, una cornisa de orden compuesto, distribuidas en ella todas las partes que pedia su composicion, y adornado su friso con muchos cogollos de talla, iba guardando los vivos de las pilastras y resaltos de las columnas, en cuyos macizos habia cuatro zócalos, á donde se levantaban cuatro estátuas, simbolizando las cuatro ciudades de que Salamanca era cabeza; en una mano tenian las respectivas armas de cada ciudad y en la otra la bandera real.

Movíanse en la misma cornisa cuatro arcos, y en cada uno de los cuatro ángulos que cansaban, habia una pilastra sobre el macizo de la inferior del primer cuerpo, y en las cuatro superficies del exterior ocho ángeles, dos

en cada superficie, que tenían en las manos unos las insignias y armas reales, y otros las de la ciudad. Terminaba este cuerpo una cornisa, y de sus cuatro ángulos resultaban, buscando sus macizos, los vivos de las pilastras, cuatro pedestales que recibían otras tantas estatuas de diferentes poblaciones de la jurisdicción de Salamanca; sobre la cornisa, una balaustrada servía de candeleros para las hachas. Por la parte interior de este cuerpo se formaban cuatro pechinas, que recibían un anillo de mucho adorno de escultura, coronado todo de hachas, y en las cuatro superficies había otros tantos escudos de las armas de España y Salamanca.

Sobre este cuerpo se levantaba otro de planta circunscrita, y en ella otro, inscrita, regular, ochavada; en cada uno de sus ángulos un pedestal recibía su pilastra, resaltando á la parte exterior para sustentar ocho columnas; en sus macizos estaban ocho leones, que en las garras tenían diferentes escudos y tarjetas con las armas de las provincias y reinos de la monarquía española. De la imposta de las pilastras arrancaban cuatro arcos, y en sus enjutas así interiores como exteriores, había muchos discos y flores de talla; coronaba este cuerpo una cornisa de orden compuesto; en sus ocho ángulos exteriores cargaban ocho pedestales que recibían otras tantas pirámides equiláteras. Como en la del anterior cuerpo, sobre la cornisa de este, se alzaba otro balaustre para las hachas, y, por el interior del mismo cuerpo, corría otra cornisa, que recibía una superficie plana, á donde estaba un gran geroglífico que le servía como de cielo. Sobre el plano de la cornisa que miraba al altar mayor, se alzaba sobre un globo terrestre, la estatua de Felipe IV, vestida de armas blancas, ceñida de corona real y baston en la mano. Sustentaba este cuerpo un pedestal sólido, de forma octógona, que se elevaba disminuyendo proporcionalmente, con su basa y sotabasa, circundado todo de hachas. Sobre él se erigia una aguja de ocho ángulos y de veinticuatro piés de altura; las superficies de los ángulos estaban adornadas de labores; remataba la aguja, sobre un

globo, la estatua de la muerte, representada por un esqueleto de diez pies de alto, con guadaña en la diestra.

Sobre el pavimento ó plano del zócalo principal del primer cuerpo, se alzaba una urna de planta irregular sobre un zócalo de cuatro superficies, y en cada una un geroglífico, y en los cuatro ángulos de aquellas se formaban otras tantas boquillas paralelas con los de las pilas-tras del túmulo, siguiendo sus diagonales. Sobre las boquillas representaban cuatro estatuas las facultades de teología, derecho civil, canónico y filosofía, según lo revelaban sus insignias y tarjetas. Formábase un pedestal de mucho ornato sobre este zócalo que le sustentaba; cuatro geroglíficos adornaban sus superficies y le servían de guarnicion ocho cartelas. Recibia este pedestal un cuarto bocel muy robusto, guarnecido de ocho tarjetas que coincidían con las cartelas. Sobre este cuerpo se disminuía otro, buscando los macizos del inferior; en las cuatro superficies tenia otros tantos epitafios; fueron compuestos por don José Nuñez de Zamora y por el padre Pedro de Quirós. El pedestal era sólido, y sobre él se levantaba el féretro ó tumba, cubierta con un paño de brocado, la urna imitaba ser de bronce y el catafalco de mármol; y los diez y siete geroglíficos tenían los colores correspondientes; no copiamos sus leyendas por no hacer más prolija esta descripción.

Acabada la misa, predicó el canónigo magistral, y concluido que hubo, subió el obispo al primer cuerpo del túmulo con todos sus asistentes y ministros, y habiéndose sentado en un sillón, que estaba en medio del plano más próximo á la capilla mayor, se sentaron también los cuatro asistentes en sillas rasas, cada una en frente de un ángulo de la grande urna sobre que estaba el féretro; comenzó la música el *Pater noster*; levantóse el último de los cuatro asistentes, haciendo los círculos á la urna, primero con agua bendita y luego con incienso. Acabada la oracion fueron consecutivamente prosiguiendo el segundo, tercero y cuarto responso; al quinto hizo el obispo la absolucion del túmulo, en la misma forma que los

demás, con lo que dió fin á la ceremonia. Salió el cabildo del coro á despedir al ayuntamiento, llevando las insignias reales los mismos regidores que las trajeron; y por donde vino, volvió el municipio á las casas consistoriales.

El catafalco estuvo iluminado por quinientas hachas.

FIN DEL TOMO II



ÍNDICE



INDICE



LIBRO V

DESDE EL CORREGIMIENTO DEL ALMIRANTE AL SEÑORÍO DEL PRINCIPE DEL JUAN

- CAPÍTULO PRIMERO.—Epidemia en 1400.—Discordias por el repartimiento de oficios.—Don Fernando el de Antequera.—Nueva epidemia.—Discordias del concejo y cabildo.—Córtes en Salamanca.—Salmantinos en la guerra de Andalucía.—Señorio de doña María.—Don Juan II en Salamanca.—Juan Gomez.—El Número de escribanos.—El corregidor y don Alfonso de Madrigal.—Eleccion de los procuradores á córtes.—Usurpaciones de los señores.—Doña María de Monroy.—Enrique IV en Salamanca.—Concede en Medina la fèria de Setiembre. 7
- CAPÍTULO II.—El conde de Alba.—Le rechazan los salmantinos.—Demolicion del Alcázar.—Parciales de la Beltraneja.—Fernando el Católico en Salamanca.—Cantalapiedra y Castronuño.—San Juan de Sahagun.—El alcaide de Monleon.—Nuevas discordias entre el concejo y el cabildo.—Martinez de Osma.—Los términos de la ciudad.—La imprenta.—Las casas de la ronda.—Los linajes de San Martin y San Benito.—La casa de concejo. 19
- CAPÍTULO III.—Cristóbal Colon en Salamanca.—Fray Bartolomé de las Casas.—Fray Diego de Deza.—Recuerdos de Valcuevo.—El comendador Maldonado.—Proyecto de nueva iglesia mayor.—Expulsion de los judios.—Disposiciones legales sobre los de Salamanca.—Conversion en la Sinagoga nueva.—Repartimiento de 1474.—La sinagoga vieja, alberguería y fosario.—Nueva epide-

mia.—La comendadora de Sancti-Spíritus.—Salmantinos notables en la guerra.—Señorío del príncipe don Juan.—Su muerte.—Avenida del Tórmes.—Varias disposiciones reales.	29
X CAPÍTULO IV.—Orígen y duracion de los bandos.	43
CAPÍTULO V.—Los Enriquez.—Sepulcro de doña María.	51
CAPÍTULO VI.—Los Monroyes.—Los Manzanos.	59
CAPÍTULO VII.—Trágica muerte de los Enriquez.—Venganza de doña María.	67
X CAPÍTULO VIII.—San Juan de Sahagun, patron de Salamanca.	79
CAPÍTULO IX.—Colegio mayor de San Bartolomé.	85
CAPÍTULO X.—Convento de Santa María de las Dueñas.—De Santa Isabel.—Colegio de San Millan.—De Santa María y Todos los Santos ó Monte Olivete.—Monasterio de San Gerónimo ó de Nuestra Señora de la Victoria.—Hospitales y ermitas.—La Mancebia.	95
CAPÍTULO XI.—Salmantinos ilustres.	105
APÉNDICE PRIMERO.—Obispos que siguieron la sede salmantina durante el siglo XV.	117
APÉNDICE II.—Corregidores.	118
APÉNDICE III.—Alcaides del alcázar.	120
APÉNDICE IV.—Por el corregidor y el concejo se hizo el siguiente repartimiento, en 1483, entre los caballeros salmantinos que tenian acostamiento y el título de vasallos del rey.	121
APÉNDICE V.—Quiénes atendieron á Colon.	123
APÉNDICE VI.—Aljama de los judios; cédula del rey don Alfonso XI.	125
APÉNDICE VII.—Cédula de los reyes Católicos para que los judios no vendan las sinagogas, osarios ó cementerios, censos, casas y posesiones comunes que tengan.	127
X APÉNDICE VIII.—Donacion de la <u>sinagoga vieja</u> hecha al cabildo por los reyes Católicos.	129
APÉNDICE IX.—Traslacion del cadáver del príncipe don Juan, señor y gobernador de Salamanca.	132
APÉNDICE X.—Carta del rey don Fernando el <u>Católico</u> al dean y cabildo, sobre pechar para edificacion de los arcos del puente.	133
APÉNDICE XI.—Confirmacion por Enrique IV del privilegio concedido á Salamanca por Enrique II en el Arrabal de Zamora, el 27 de Junio de 1369.	135
APÉNDICE XII.—Parroquias de cada Bando.	139
APÉNDICE XIII.—El campo de Muñodono.	140
APÉNDICE XIV.—Capitulaciones relativas á los bandos, firmadas á 30 de Setiembre de 1476.	142
APÉNDICE XV.—Noticias genealógicas de los Enriquez y Monroyes.	148
APÉNDICE XVI.—Sepulcro de doña María la Brava.	151
X APÉNDICE XVII.—Bula de la Beatificacion de <u>San Juan de Sahagun</u>	153
APÉNDICE XVIII.—Ordenanza de las casas de mancebia.	155
APÉNDICE XIX.—Triunfo Raimundino.	158

LIBRO VI

DESDE LA JURA DE LOS PRÍNCIPES DE ASTURIAS Á LA VENIDA DE FELIPE III

CAPÍTULO PRIMERO.—Las córtes de Toledo.—Gran carestía.—Las córtes de Toro.—Concordia celebrada en Salamanca entre don Fernando y don Felipe.—Nueva carestía.—Salmantinos en Africa y Rávena.—Los procuradores salmantinos en las córtes de Valladolid.—Peste.—Descontento popular.—Los procuradores de Salamanca.—Desaires de Cárlos I.—Enérgica conducta de Pedro Maldonado y Antonio Hernandez.—Alzase Salamanca en armas.—Socorre á Segovia.—Representantes de Salamanca en la Santa Junta.—Villalar.—Ejecucion de Francisco Maldonado y otros comuneros salmantinos.	179
CAPÍTULO II.—El perdon imperial.—Exceptuados de él.—Reclamaciones por la confiscacion.—Rehabilitacion de los exceptuados.—Moderna popularidad de los comuneros.—Solemne traslacion de sus cenizas.—Los restos de Francisco Maldonado.—El doctor de la Reina.—La viuda y los hijos de Maldonado.—Procuradores salmantinos en las córtes de Palencia y Burgos.—El concejo á peticion del emperador envia gente de armas.—Visita Cárlos V á Salamanca.—Hambre.—Córtes de Valladolid.—Casamiento del príncipe don Felipe.—Nueva carestía.—Mortandad.—Don Jorje de Paz.	193
CAPÍTULO III.—El Peñon de Velez.—Salmantinos en las Alpujarras y otras campañas.—La reina doña Mariana.—Salmantinos notables en varias guerras.—Socorro de este cabildo al de Cádiz.—Rogativas por la nueva epidemia.—Diversas disposiciones reales sobre asuntos económicos y administrativos.—Varios sucesos relativos á esta iglesia.—El concilio compostelano.—Breve de Gregorio XIII á favor de Felipe II.—Merced de éste al ayuntamiento.—Desmembracion del obispado.	203
CAPÍTULO IV.—Casamiento del príncipe de Asturias don Felipe con la infanta doña María de Portugal.	215
CAPÍTULO V.—Casamiento del príncipe de Asturias.—Conclusion. . .	225
CAPÍTULO VI.—La catedral nueva.	235
CAPÍTULO VII.—La catedral nueva.—Continuacion.	249
CAPÍTULO VIII.—La catedral nueva.—Continuacion.	261
CAPÍTULO IX.—La catedral nueva.—Conclusion.	271
CAPÍTULO X.—Colegio mayor de Cuenca.	283
CAPÍTULO XI.—Colegios de Santo Tomás.—Mayor de Oviedo.—De las Once mil Vírgenes.—De Burgos.—Mayor del Arzobispo. . .	291
CAPÍTULO XII.—Colegios: de Santa María de Burgos ó de Escuderos.—	

San Pedro y San Pablo.—Santa Cruz de Cañizares.—Colegio de la órden militar de San Juan.—Colegio llamado del Rey, de la órden militar de Santiago.	303
CAPÍTULO XIII.—Colegios: Trilingüe.—Santa Cruz de Rivas.—La Magdalena.	311
CAPÍTULO XIV.—Colegio del Espíritu-Santo, de la compañía de Jesús.	317
CAPÍTULO XV.—Colegios: De la Concepcion, de niñas huérfanas.—De huérfanos de la misma advocacion.—De la órden militar de Alcántara.—Idem de Calatrava.—De Santa María de los Angeles.—De San Miguel.	331
CAPÍTULO XVI.—Colegios: De padres Mínimos.—Insigne de San Pelayo.—De padres de San Alberto.—De Nuestra Señora de Guadalupe.—De Nuestra Señora de las Nieves, niños de la doctrina.—De San Patricio de nobles irlandeses.—De San Lázaro.—De San Elías, de padres carmelitas descalzos.—De Nuestra Señora de Loreto, de monjes Bernardos.	341
CAPÍTULO XVII.—Conventos de religiosas: De la Anunciacion.—De San Pedro.—De Córpus Christi.—De la Madre de Dios.—De la Penitencia.—De Jesús.—De San José.—Agustinas.	351
CAPÍTULO XVIII.—Conventos de religiosos: De San Antonio.—Del Calvario.—Otras fundaciones: Hospital de San Bernardino y Nuestra Señora de la Paz.—Cofradía de pobres vergonzantes.—Cofradía de los caballeros venticuatro.—Reduccion de los Hospitales.—Hermanos de San Juan de Dios.—Fundacion del hospital nuevo del Amparo.—Nueva reduccion de hospitales.—Casa de Niños expósitos.—Las reales carnicerías mayores.	367
CAPÍTULO XIX.—Salmantinos ilustres.	379
CAPÍTULO XX.—Salmantinos ilustres.	385
CAPÍTULO XXI.—Salmantinos ilustres en América	395
APÉNDICE PRIMERO.—Obispos que rigieron la sede salmantina durante el siglo XVI.	405
APÉNDICE II.—Corregidores durante el siglo XVI.	406
APÉNDICE III.—Sentencia contra Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado.	408
APÉNDICE IV.—Sentencia contra don Pedro Maldonado Pimentel.	409
APÉNDICE V.—El dean don Juan Pereira el <i>Mozo</i> , comunero.	411
APÉNDICE VI.—El Doctor de la Reina y Francisco Maldonado.	412
APÉNDICE VII.—Noticia de los fundadores de las casas que ocuparon el príncipe don Felipe y su esposa doña María.	415
APÉNDICE VIII.—Carta de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel dirigida al cardenal de Angers, acerca de la fundacion de la catedral nueva.	417
APÉNDICE IX.—Carta del doctor Talavera al corregidor de Salamanca don Honorato Hurtado de Mendoza, excitando su celo para la fundacion solicitada.	419

APÉNDICE X.—Real cédula de don Fernando el <i>Católico</i> , mandando á Alfonso Rodríguez, que vaya á Salamanca á elegir sitio y á formar la traza para construir la catedral; está sacada de su archivo.	420
APÉNDICE XI.—Otra para que Anton Egas vaya con el mismo objeto.	421
APÉNDICE XII.—Otra de la reina doña Juana para Alfonso Rodríguez, mandando cumplir lo dispuesto en la cédula del rey su padre.	423
APÉNDICE XIII.—Otra del rey don Fernando al cabildo de Toledo, para que disponga que Anton Egas vaya á Salamanca á hacer lo que se le tiene mandado.	425
APÉNDICE XIV.—Declaracion dada al cabildo de Salamanca por Alonso Rodríguez y Anton Egas, sobre la construccion de la iglesia mayor.	426
APÉNDICE XV.—Declaracion ó parecer que dieron en Salamanca en una junta que se celebró el dia 3 de Setiembre de 1512, los maestros de arquitectura Anton Egas, Juan Gil de Hontañon, Juan de Badajoz, Juan de Alava, Juan de Orozco, Alonso de Covarrubias, Juan Tornero, Rodrigo de Saravia y Juan Campero, sobre el modo de construir la catedral.	428
APÉNDICE XVI.—Sobre nombramiento de maestro para la obra de la catedral.	435
APÉNDICE XVII.—Informe de Juan de Rasinas, Enrique de Egas y Vasco de la Zarza, sobre la obra de la catedral.	436
APÉNDICE XVIII.—Informe presentado en el cabildo ordinario del 9 de Enero de 1756, por el arquitecto don Juan de Sagarvinaga, acerca de los daños causados á la cúpula de la santa iglesia catedral, por el terremoto de 1º de Noviembre de 1755.	439
APÉNDICE XIX.—Informe del arquitecto Mr. Baltasar Devreton para reparar la torre de las campanas de la iglesia catedral.	444
APÉNDICE XX.—Concesion del título de Adelantado de Yucatán á favor de don Francisco de Montejo.	449

LIBRO VII.

DESDE FELIPE III Á LA GUERRA DE SUCESION

CAPÍTULO PRIMERO.—Visitan los reyes á Salamanca.—Calamidades que la afligen.—Expulsion de los moriscos.—Desórdenes de los estudiantes.—Sucesos varios.—Nuevos desórdenes.—Las ordenanzas municipales.—Funerales del duque de Alba.—Otros desórdenes.—Incendio de la casa consistorial.—Impresores y libreros.—Mas desórdenes.—La avenida de San Policarpo.—Donativo.—Milicias salmantinas.—Carestía.—Flores-Dávila.—Nuevos desórdenes.—Milicias.	453
CAPÍTULO II.—Afectiva situacion rentística.—Desórdenes de estudiantes	

—Don Gaspar de Bracamonte.—Nuevos desórdenes.—Carestía.	
—Mas desórdenes.—Guerra de la frontera.—Otros desórdenes.—	
Carestía.—Agresiones de los portugueses.	465
CAPITULO III.—Procuradores á córtés.—Donativo.—Langosta.—Guerra	
en la frontera.—Sequía.—Don Rodrigo Mójica.—Calamidades.	
—Agresion del ejército enemigo.—Ruidosa competencia de ju-	
risdicción.—Nuevas calamidades.—Doña Catalina de Braganza.	
—Canonizacion de San Juan de Sahagun.—Nuevos desórdenes.	477
CAPITULO IV.—Requisito para la fundacion de conventos.—Sínodo dio-	
cesano.—El alferéz mayor.—Procuradores á córtés.—Hermandades	
espirituales.—Servicios varios.—Venta de oficios.—Facultades	
reales.—Decadencia de la agricultura y otras industrias.—Esté-	
riles proyectos para remediarla.—Recopilacion de las ordenanzas	487
CAPITULO V.—Los reyes Felipe III y doña Margarita de Austria en Sa-	
lamanca.	497
CAPITULO VI.—Traslacion de los restos mortales del gran duque de Alba,	
desde el monasterio de San Leonardo, de la villa de aquel títu-	
lo, al convento de San Esteban de Salamanca.	505
CAPITULO VII.—Traslacion de los restos mortales del gran duque de	
Alba.—Conclusion.	513
CAPITULO VIII.—Exequias por Felipe IV.	523
CAPITULO IX.—Exequias por Felipe IV.—Conclusion.	531



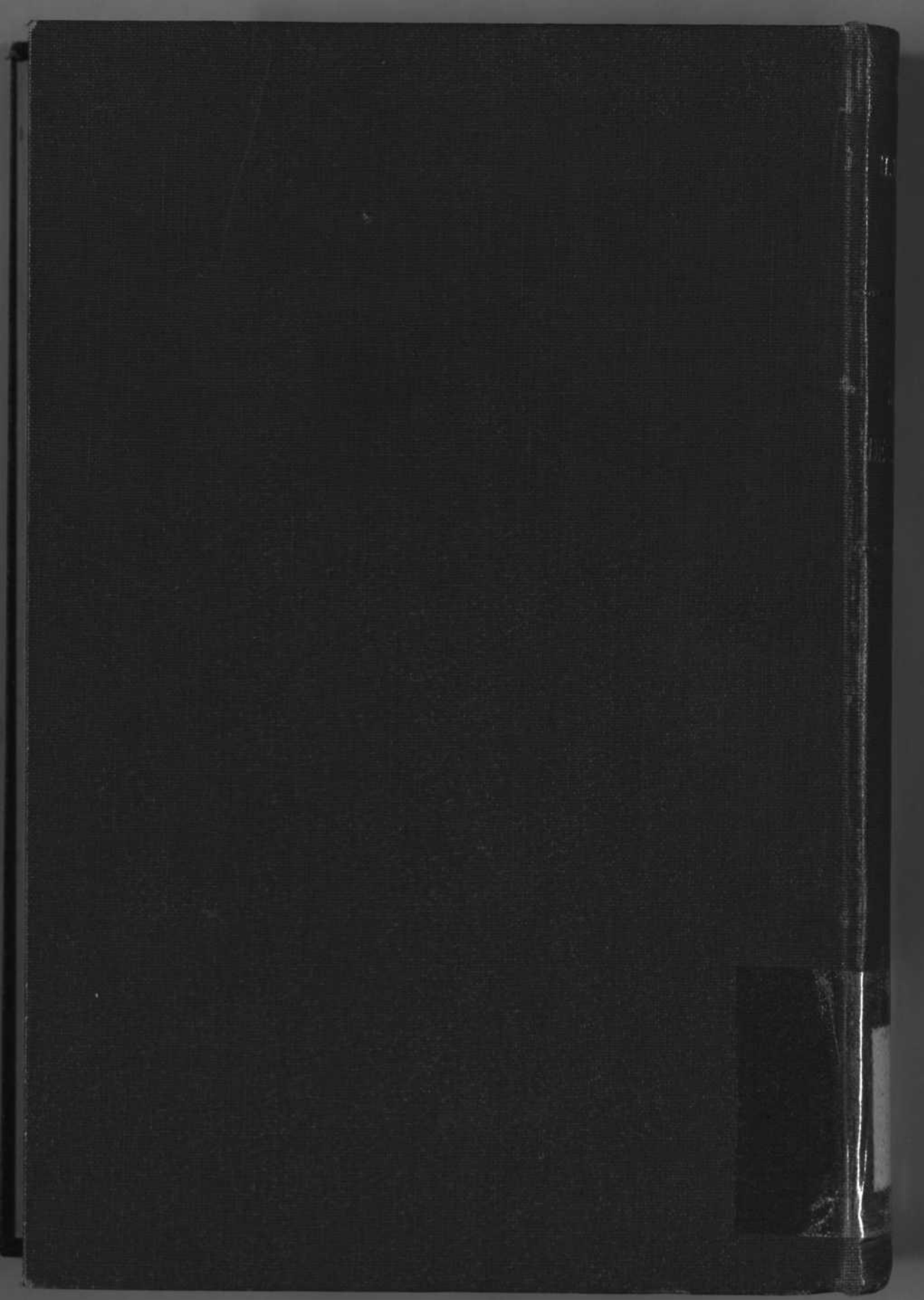
ERRATAS

MAS NOTABLES QUE SE HAN ADVERTIDO

Páginas.	Líneas.	Dico.	Léase.
132	11	—	—Yo el Rey—
173	22	á don Juan	á don Fernando
195	25	procuradores	procurador
218	17	don	do
295	13	otros muchos	otros
377	12	<i>pon dere</i>	<i>pondere</i>
399	3	señorio	señoría
399	22	1433	1533







M. VILLAL Y MACÍAS

HISTORIA
DE SALAMANCA

SA

946

VIL

his-2